Comentarios de la Lección

II Trimestre de 2009
Caminar la vida cristiana

Lección 1
4 de Abril de 2009

El amor

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor"* (1 Corintios 13:13).

Introducción

Dios, cuando formó el universo, lo hizo por amor. Cuando Él creó la vida aquí en la tierra, lo hizo por amor. Cuando Jesús vino a morir por los hombres y mujeres de la tierra, lo hizo por amor. Y cuando Cristo vuelva a la tierra para buscar a los que confiaron en Él, lo hará por amor. Y cuando habitemos juntos con Él por la eternidad, viviremos en amor con Él.

Todo lo que Dios hace está motivado por el amor, pues Él es amor. El amor forma parte de su esencia.

Pero, ¿por qué Dios siempre actúa por amor? ¿Cuál es el motivo?

Dios quiere ver las cosas bellas, perfectas, hermosas, atrayentes y armónicas. El quiere que los animales vivan felices, sirviendo para el gozo de los seres humanos. Y –por encima de todo– El quiere ver a aquellas criaturas, que Él creó a su imagen y semejanza, o sea nosotros, en plena felicidad, por la eternidad, sin nada de lo que debamos preocuparnos.

Para que así fuera, Él nos creó libres. Tenemos la capacidad de elección, de decidir racionalmente con un plan. Nosotros, a diferencia de los animales, tenemos la capacidad de saber cuáles serán las consecuencias de nuestras decisiones y actos. Somos seres racionales, capaces de llegar a la felicidad, pero también con la capacidad de arruinar la felicidad, tanto nuestra como la de los demás. Tanto en la creación, como en la redención, el amor superó a todos los demás principios buenos, y se manifestó para que se confirmara la eterna actitud de Dios: amar incondicionalmente a sus criaturas.

Por el hecho de que Dios es amor y es eterno, todo puede pasar, pero Dios, o sea el amor, permanecerá para siempre, pues Dios jamás cambia y jamás dejará de existir. Mientras Él exista, todos los demás buenos principios, basados en el amor, también existirán. En eso consiste nuestra segura confianza en el futuro en Dios.

El amor: La tela de la vida

Los seres humanos hemos sido creados como seres sociales. Esto quiere decir que fuimos concebidos para vivir juntos unos lo demás. Y las mujeres, obviamente, son todavía

más sociales que los hombres. Ellas hablan mucho más, interactuando con otras personas de manera más intensa.

Los animales también tienen sus sociedades. Muchos de ellos viven en grupos. Pero siempre lo hacen del mismo modo, conforme sus instintos predefinidos.

Nosotros, los seres humanos, a semejanza de la sociedad celestial, nos relacionamos de manera inteligente. Al influir sobre otras personas sabemos (o al menos deberíamos saber) qué efectos producirá eso. Y Dios nos creó originalmente de manera que, en todo lo que Adán y Eva hacían, tenían el deseo de producir felicidad, el uno en el otro. Ese es el sentido del amor social que Dios creó.

Allá, en el cielo, donde Dios mora y tiene su trono, ellos se aman. Allí viven muchos ángeles, una cantidad probablemente increíblemente grande. Y ellos siguen los principios del amor. Ellos viven con el objetivo de hacer felices a los demás. Eso es lo que significa la palabra "servir". Jesús vino a la tierra a servir, no a ser servido. Vino para demostrar cómo se vive en función de los demás, no en función de sí mismo. Vino para enseñar que el egoísmo sólo produce desencuentros, pero que el amor produce felicidad. Así sucede en el cielo. Allí los seres racionales no viven cada uno para sí mismos. Allá cada ser inteligente vive para beneficiar al otro, y entre todos, viven para honrar a Dios. Y honrar a Dios es lo mismo que amarnos los unos a los otros y amar a Dios por encima de todo. Por eso son felices, y por eso viven eternamente. Están ligados al amor, que es Dios. Y el amor, que es eterno, que tiene vida en sí mismo de tanto amar, presta vida durante la eternidad a las criaturas, de modo que ellas viven eternamente y son siempre felices.

¡Qué buen que el amor jamás se acaba!

El Dios del Antiguo Testamento – Un Dios de amor

¿Fue realmente un Dios de amor el Dios del Antiguo Testamento? Muchas veces pareció demasiado severo. Por ejemplo, cuando le dio las leyes al pueblo, luego de la salida de Egipto, que eran bastante duras (ver Éxodo 21 y 22). ¿Cómo entender estas leyes sobre exigentes?

Dios siempre fue amor. Y Él no cambia, no hay en Él, ni puede haber siquiera algún indicio de variación. Él es perfecto, y la perfección no puede volverse más perfecto pues, al fin y al cabo, ya no sería perfecta.

Lo que sucedió en el monte Sinaí, cuando Dios le dio al pueblo leyes tan severas como la Ley del Talión, que ya existía en el antiguo Código de Hamurabi y cuyo postulado básico fue "Ojo por ojo; diente por diente…".

¿Por qué Dios actuó de ese modo en aquella ocasión; sólo para que después Jesús, el propio Dios, dijera que debiéramos ofrecer otra mejilla, caminando otra milla más?

Aquél pueblo que salió de Egipto, aún siendo el pueblo de Dios, estaba completamente enajenado. Habían sufrido siglos de esclavitud. En esas condiciones se convirtieron en insensibles a los tiernos principios del amor. No entendieron ese lenguaje. Habían aprendido a obedecer a base del látigo, de la fuerza bruta. Sólo entendían ese lenguaje, el de la fuerza por la imposición misma. Necesitaron ser llevados a otro estilo de vida, y eso sólo podía lograrse de manera gradual. Por eso Dios temporariamente permitió in-

cluso que tuvieran esclavos, o que tuvieran más de una mujer, por ejemplo. Pero, movido por el amor, Dios los guió hacia un lugar donde les enseñaría sus leyes eternas, totalmente basadas en el amor. Eso sería, y lo fue, posible a través de Jesús, aquí en la tierra.

Observemos un poco el otro lado del Dios de los tiempos antiguos. Enfoquémonos en el pueblo de Dios en el peregrinaje por el desierto. Notemos cómo Dios actuó en relación a su pueblo. De día, había una columna de nubes sobre ellos que los guiaba. Además aportaba sombra, pues estaban en medio de un desierto abrasados, pero protegidos ahora por la sombre, ciertamente en una temperatura agradable para caminar durante el día y la noche.

Y de noche, que en el desierto es muy fría y muy oscura, la columna de nubes de convertía en fuego, tanto para iluminar como para calentar. Es decir que ellos poseían un sistema de refrigeración y de calefacción central automático, como hoy lo sería tener aire acondicionado.

Pero había algo más que provenía del amor de Dios. Ellos recibían todos los días, tanto a la mañana como a la tarde, aves para atrapar y cuya carne se asaba para comer.

Más aún, su ropa no se gastaba, ni sus sandalias envejecían. Usaron las mismas ropas y las mismas sandalias durante cuarenta años, y al final del peregrinaje fueron tantos como los que lo iniciaron. Y cuando pidieron agua, Dios se las dio.

Pero fue un pueblo que, ante cada necesidad, en vez de pedírsela a Dios, murmuraban expresando su descontento y su deseo de volver a Egipto. Aún así, Dios los atendía rápidamente. Imagina entonces qué hubiera pasado si ellos se volvían un pueblo un poco más civilizado, y educadamente pidiera a Dios frutas para comer. ¿Crees que Dios no los escucharía? Imagina si ellos pidieran otra clase de alimentos. Seguramente serían escuchados. Pero ellos, a cada situación, reclamaban, airados, la posibilidad de volver a Egipto. Aún así, Dios los trató como sus hijos. Ese es un Dios que ama permanentemente.

El Dios del Nuevo Testamento – Un Dios de amor

Si en el Antiguo Testamento vemos a un Dios empeñado en reeducar a sus hijos embrutecidos por las condiciones del pecado en Egipto, en el Nuevo Testamento vemos a un Dios entregándose a los hombres para que ellos se entreguen a Él. Vemos a Jesús naciendo como un ser humano, creciendo en la pobreza y en la necesidad, trabajar para vivir, aún cuando Él era el dueño de todo, porque Él lo había creado todo.

En el Nuevo Testamento tenemos al Dios entre los hombres. Antes, Él había establecido las reglas de vida; ahora las estaba siguiendo. Y nos estamos refiriendo a los Diez Mandamientos, las reglas de cómo amar a Dios y cómo amar al prójimo.

Y la demostración fue superior a cualquier escrito. Dios, en forma humana, vino para demostrar el Amor. Él, que poseía todo, que tenía la fuerza infinita a su disposición, simplemente se entregó a los seres humanos para amarlos, más allá de todo lo que pudieran hacer con Él. Antes, en tiempos del Antiguo Testamento, había dado los principios del amor. Ahora Él mismo había venido para vivir esos principios, bajo las peores condiciones, hasta el momento de su muerte.

El amor de Dios llegó a un punto en el que, en el peor de los momentos, en condiciones de abandono y cobarde retribución del mal por el bien, Él los perdonó a todos. Los amó tanto que, aún habiéndonos rebelado contra Él, si lo deseamos, puede salvarnos para siempre y restaurar en nosotros su plan de vida en perfecta felicidad, bajo los principios del amor. Así lo afirma Elena G. de White:

"Desde el principio Dios ha obrado por medio de su pueblo para proporcionar bendición al mundo. Para la antigua nación egipcia Dios hizo de José una fuente de vida. Mediante la integridad de José fue preservada la vida de todo ese pueblo. Mediante Daniel Dios salvó la vida de todos los sabios de Babilonia. Y esas liberaciones son lecciones objetivas; ilustran las bendiciones espirituales ofrecidas al mundo mediante la relación con el Dios a quien José y Daniel adoraban. Todo aquel en cuyo corazón habite Cristo, todo aquel que quiera revelar su amor al mundo, es colaborador con Dios para la bendición de la humanidad. Cuando recibe gracia del Salvador para impartir a otros, de todo su ser fluye la marea de vida espiritual" [*Los hechos de los apóstoles*, p. 12].

Una respuesta de amor

El amor de Dios necesita convertirse en algo práctico en nuestra vida. Eso quiere decir que nuestro testimonio debe reflejar lo que Jesús fue aquí en la tierra, mientras caminó entre los seres humanos. Debemos parecernos cada vez más al comportamiento y las actitudes del Maestro de amor. Así viviremos mejor en esta tierra mientras aguardamos la redención para la vida perfecta.

El amor no puede existir sin dos condiciones. La primera es que exista una comunión íntima; y la segunda es que haya una relación.

La intimidad significa permanecer junto a alguien, dejando de lado cualquier cosa que pudiera interferir mientras se está con el otro. El sábado es el día de la comunión íntima entre las criaturas y Dios, y también entre los cristianos entre sí. Es el día en que todo aquello que nos interesa y que está relacionado al lado material de la vida, queda de lado para que la dedicación a Dios no sufra ninguna interferencia. La intimidad se produce cuando nos dedicamos exclusivamente a alguien, permaneciendo bien cerca de esa persona.

La relación implica interactuar con la persona que se ama. Es, por ejemplo, hablar con esa persona, comunicarse con ella. Con Dios, debido al problema del pecado, que nos separa de Él, tenemos el recurso de la oración. Pero no solo eso, también podemos leer su Palabra escrita por los profetas. Y eso significa una cierta clase de comunicación, aún indirecta, de Dios para con nosotros. Por eso debemos leer la Biblia todos los días y, con todo respeto, orando antes de su lectura.

El amor contiene un conjunto de principios. Además, el amor por sí mismo ya es un principio. El es el principio superior, sobre el cual no hay nada más. Pero abajo hay muchos principios coherentes con Él. Por ejemplo, en Mateo 5:44 nos dice que debemos amar a nuestros enemigos. Este es uno de los principios del amor: amar a quien sea. Dice también que debemos orar por los que nos persiguen. Ese es otro principio semejante al anterior. De nuestra parte jamás debemos dar motivo para la aparición de problemas, pues así no actúan aquellos que no aman. Si los otros quieren causar dificultades, eso es su problema. Sufrirán las consecuencias. Aún así, si los demás buscan perjudicarnos, debemos hablar con ellos de la posibilidad de una reconciliación. Quien ama, aún siendo perjudicado sin ser el culpable de algo, es el que toma la iniciativa de lograr la armonía

en la relación. Así obra el amor, respondiendo siempre con amor, ya sea ante una provocación, o a alguien que nos haya hecho el bien.

El amor personificado

Jesucristo es nuestro ejemplo por excelencia. Hacia Él debemos mirar, y sólo a Él. Pero no es así lo que ocurre con todas las personas que aceptan a Cristo, y debemos comprender las excepciones. Los miembros nuevos, los recién bautizados, que conocen poco de las doctrinas de la iglesia y que tienen poca vivencia con Cristo, tienden a mirar hacia los miembros más experimentados en busca de ejemplo de lo que hay que hacer y lo que no. El ejemplo de los más experimentados les sirven de fuente de enseñanza sobre cómo es Cristo. Por lo tanto, los más experimentados tienen que mirar a Jesús para vivir como Él vivió.

Tenemos que vivir como Él vivió aquí en la tierra. El fue una persona extremadamente sencilla. Nada de ostentación, de modas, ni de recursos para aparentar. Nada de eso. El siguió una vida simple, alegre y saludable. Trabajó mucho ayudando a las personas. Las amaba, tanto a los pobres como a los ricos, a los amigos o a los enemigos. Había venido a salvar a las personas, a todas sin excepción alguna. No tuvo prejuicios, se acercó ya sea a los sanos como a los leprosos, a las personas puras como a las prostitutas. Extendió sus enseñanzas a todos los seres humanos.

Llegó al increíble punto de tratar con amor a sus enemigos; a aquellos que se convertían en ello por decisión propia, no porque Él los considerara enemigos. A veces el era severo con algunas personas, como por ejemplo los líderes espirituales de la nación. Pero en tal caso esa era la comunicación que ellos entendían, por eso les habló de esa manera, en un intento de alcanzarlos a ellos también y con ello evitar que otras personas fueran influenciadas por ellos para perdición.

Pues bien, ¿podríamos ejemplificar cómo viviría alguien en nuestros días tal como Jesús vivió? ¿Lo intentamos? Hagámoslo tanto para el hombre como para la mujer.

Primero el hombre. Sería una persona trabajadora, buscando la excelencia en su profesión. Podría ser un ejecutivo como un barrendero; una persona con mucho estudio como un analfabeto, no importa. Pero esa persona haría su trabajo con total esmero, como alguien que trabaja para Dios, no para los hombres (comparar con Proverbios 22:29). Con su trabajo ayudaría a muchas personas. Sería una persona que, más allá de su condición, estaría siempre procurando saber más, crecer en el conocimiento, tanto de la Biblia, como de la ciencia y la técnica relacionada con su trabajo. Sería un buen padre, un buen marido, después de haber sido un excelente hijo. No se involucraría en chistes de mal gusto, ni perdería su tiempo en zonceras. ¿Ostentación, algo tan común en nuestros días? Ni pensarlo. Sería una persona sencilla, ya fuera rica o pobre. Sería educada, equilibrada, que no se involucraría en muchas cosas con las que hoy los siervos de Dios se involucran. Por ejemplo, nada de juegos competitivos, fanatismo deportivo, novelas, filmes impropios. Cuidaría muy bien de su mente y su salud física. Sería una persona de mucha oración y estudio de la Biblia y, principalmente, alguien empeñado en enseñarle a los demás sobre la Segunda Venida de Cristo.

¿Y la mujer? ¿Cómo sería? Sería una mujer de vida sencilla, aunque elegante en la sencillez. Obviamente, alejada de artificialidad alguna. Seguramente no utilizaría ninguna clase de maquillaje, puedes estar seguro de ello. Ninguna clase de ostentación. Sería una mujer estudiosa de los principios bíblicos y del Espíritu de Profecía para saber cómo

ser una buena hija, esposa y madre, y así ejercer una poderosa influencia sobre su familia y sobre las demás personas con las que se rodea. Es obvio que no utilizaría ninguna clase de joya, ni aros, tal como ya se ve en la iglesia. Y no procuraría convertirse en el centro de atracción, sino que a través de su vida haría que las personas la admiraran por ser realmente diferente de las demás y por la elevación de su elegancia y belleza natural. Es evidente que las mujeres fueron creadas para representar la belleza, pero, ¿por qué arruinar esa belleza con artificialidad? Sería, por lo tanto, una persona sabia, que velaría por su salud mental y física y que se convertiría, por todo ello, en más atractiva que todas las demás que siguieran los caminos dictados por la moda. Su belleza provendría de su salud y del hecho de ser Templo del Espíritu Santo. Por lo tanto, Dios cuidaría mucho de esa Joya viviente. Aún con una edad avanzada, siempre sería más bella que todas las que recurrieran a los recursos del mercado.

Pues bien, tanto el hombre como la mujer tendrían muchas otras características. Describirlas a todas seguramente sería muy extenso. Nos cabe a cada uno de nosotros, ya sea que seamos de sexo masculino como femenino, hacer reales esas características en nuestra vida, cada día un poco más. Así, aquellos miembros más nuevos nos verían a nosotros como si vieran a Jesucristo. Y muy pronto ellos estarían siguiendo el modelo verdadero, y la iglesia crecería en poder para completar su obra aquí en la tierra.

Eso va a ocurrir muy pronto, pero desgraciadamente no sucederá como resultado del aprendizaje, sino por el zarandeo. Notemos esta descripción de cómo serán los últimos adventistas aquí en la tierra:

"Él desea que estas características se reflejen perfectamente en sus hijos. Su propósito es que en nosotros contemplen los hombres su belleza" [*La educación*, p. 242].

"Jesús mismo, en su misericordia infinita, está obrando en los corazones humanos, efectuando transformaciones espirituales tan asombrosas que los ángeles las miran con asombro y gozo [...] Cristo espera de los hombres que participen de su naturaleza divina, mientras están en este mundo..." [*Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 328].

Pero, sin embargo, ¿cuál es la realidad?

"Es una solemne declaración la que hago a la iglesia, de que ni uno de cada veinte de aquellos cuyos nombres están registrados en los libros de la iglesia se halla preparado para terminar su historia terrenal [...] Muchos han traído a la iglesia su propio espíritu insubordinado, carente de refinamiento. Su gusto espiritual está pervertido por sus propias corrupciones inmorales y degradantes, y simbolizan al mundo en espíritu, en corazón y en propósito, confirmándose a sí mismos en prácticas lujuriosas, completamente llenos de engaño en su profesa vida cristiana. ¡Viven como pecadores y pretenden ser cristianos! Los que pretenden ser cristianos y confesar a Cristo deben salir de entre ellos, y no tocar cosa inmunda, y separarse..." [*Servicio cristiano*, pp. 52, 53].

No seamos como muchos conductores que, al involucrarse en un accidente por su imprudencia, dicen: "¿Por qué esto me tiene que pasar sólo a mí?".

Aplicación del estudio

El amor de Dios para con sus criaturas, para nosotros los seres terrenales, se manifestó en la cruz. Para los demás seres perfectos se manifestó, y aún se manifiesta, a través de una relación diaria, íntima, entre Dios y ellos. Así fue en el Edén, hasta el día en que

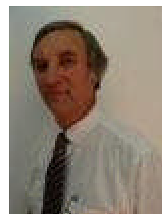
el pecado interrumpió esa relación. Entonces, para restablecerlo, el amor no buscó convencernos de que Él es bueno. El amor no se vale de una actitud forzada para sometername. El amor permitió que Él fuera colgado en la Cruz, y que nosotros lo observáramos herido por nosotros. El amor busca conquistarnos por medio de una demostración de amor, no por medio de la imposición. Fue hasta el peor lugar de este mundo para declararnos que nos ama, y que nos quiere de nuevo. A nosotros nos toca responder "Sí", o continuar indiferentes, lo que equivale a un "No".

Sugerimos una reflexión detenida en las dos citas a continuación, extraídas del Espíritu de Profecía. Busca hallar el mensaje que contemple tus necesidades con respecto al amor divino.

"Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. Él era la Palabra de Dios; el pensamiento de Dios hecho audible. En su oración por los discípulos, dice: 'Yo les he manifestado tu nombre', 'misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad', 'para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos' (Juan 17:26). Pero no solo para sus hijos nacidos en la tierra fue dada esta revelación. Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo. El maravilloso y misericordioso propósito de Dios, el misterio del amor redentor, es el tema en el cual 'desean mirar los ángeles', y será su estudio a través de los siglos sin fin. Tanto los redimidos como los seres que nunca cayeron hallarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canción. Se verá que la gloria que resplandece en el rostro de Jesús es la gloria del amor abnegado. A la luz del Calvario, se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo; que el amor que 'no busca lo suyo' tiene su fuente en el corazón de Dios y que, en el Manso y Humilde, se manifiesta el carácter de Aquél que mora en la luz inaccesible al hombre" [*El Deseado de todas las gentes*, p. 11].

"Al desempeñar fielmente este deber en el hogar, no hacen sino multiplicar los medios para hacer el bien fuera de él. Esto los hace más aptos para trabajar dentro de la iglesia. Al entrenar discretamente a su pequeño rebaño, uniendo a los hijos a ellos y a Dios, los padres y las madres se transforman en colaboradores de Dios. La cruz se establece en su hogar. Los miembros de la familia pasan a ser miembros de la familia real de arriba, hijos del Rey celestial" [Manuscrito 56, 1899; citado en *Exaltad a Jesús*, Meditaciones Matinales 1992, p. 248].

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática